

Ejercicios Espirituales – La meditación de las Dos Banderas

(EE 136-148 – siguiendo la interpretación del P. Fiorito)

En el camino de los **Ejercicios Espirituales de San Ignacio**, hay un momento decisivo. En la Segunda Semana, justo antes de entrar en el momento de las **elecciones**, cuando cada uno está llamado a ordenar su vida según la voluntad de Dios.

San Ignacio propone entonces una meditación muy fuerte, muy clara y profundamente realista: **la contemplación de las Dos Banderas**.

Se trata de contemplar una lucha que atraviesa toda la historia y que atraviesa también el corazón de cada uno de nosotros.

Una lucha que atraviesa toda la historia

Esta está presente en toda la Escritura.

Comienza ya en el **Génesis**, cuando el hombre es tentado por la serpiente. Y llega hasta el **Apocalipsis**, donde aparece la lucha entre el Cordero y el Dragón.

San Agustín lo expresaba diciendo que en el mundo hay **dos ciudades**. Dos amores que construyen dos maneras de vivir. El amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios.

Y el amor de Dios hasta el olvido de sí mismo.

San Ignacio retoma esta tradición y la presenta de manera muy concreta: **dos banderas levantadas en el mundo**.

- Una es la bandera de Cristo.
- La otra es la bandera del enemigo de la naturaleza humana.

Dos campos

Ignacio nos invita a imaginar dos lugares.

Uno es **Babilonia**. Babilonia, en la Biblia, representa una civilización poderosa, rica, orgullosa, opresora. Es la imagen del mundo cerrado sobre sí mismo. Allí está el jefe enemigo.

El otro lugar es **Jerusalén**.

- La ciudad santa.
- La ciudad de la paz.
- El lugar humilde donde habita el pueblo de Dios.
- Allí está Cristo, el verdadero capitán.

La escena es profundamente simbólica: el mundo aparece como un campo donde se levantan **dos proyectos de vida**.

La táctica del enemigo

Ignacio describe entonces la estrategia del enemigo. Dice que comienza **“echando redes y cadenas”** sobre los hombres. Y lo hace normalmente en tres pasos.

Primero, la **codicia de riquezas**. No sólo dinero, sino el deseo de tener, acumular, asegurar la vida por medio de lo que poseemos.

Luego viene **el honor del mundo**. El deseo de ser reconocido, admirado, valorado.

Y finalmente aparece **la soberbia**. El corazón termina creyendo que todo depende de él.

Así el hombre queda encerrado en sí mismo. Es un proceso que lleva, como dicen las reglas de discernimiento, **de mal en peor**.

La táctica de Cristo

Cristo actúa de manera completamente distinta. Su camino comienza por **la pobreza espiritual**. Es decir, un corazón libre, que no se apoya en las riquezas ni en el poder. Y si Dios lo concede, incluso la pobreza real. De la pobreza nace la **humildad**. El reconocimiento de que todo es don. Y de la humildad brota una vida de **servicio y amor**. Así el corazón avanza **de bien en mejor**.

Un combate interior

Esta meditación no describe solamente una lucha exterior. Describe lo que sucede **dentro de nuestro propio corazón**. Porque todos experimentamos estas mociones interiores. Deseos que nos acercan a Dios. Y otros que nos alejan.

Por eso esta contemplación es, en realidad, una forma muy viva de aprender **discernimiento espiritual**. Pedimos conocer los engaños del mal espíritu y aprender a reconocer la vida verdadera que Cristo nos propone.

Una petición muy concreta

San Ignacio nos invita a pedir una gracia muy clara.

Dice así:

“Pedir conocimiento de los engaños del mal caudillo y ayuda para guardarme de ellos; y conocimiento de la vida verdadera que muestra Cristo, y gracia para imitarle”.

- Es una oración profundamente humilde.
- Reconocemos que podemos engañarnos.
- Y pedimos la luz de Dios para elegir bien.

El coloquio final

La meditación termina con un **triple coloquio**.

Primero con María. Luego con el Hijo. Y finalmente con el Padre.

Y allí pedimos una gracia muy concreta:

- Ser recibidos bajo la bandera de Cristo.
- Primero en **pobreza espiritual**.
- Luego en **humildad**.

Y finalmente en la gracia de poder seguir a Cristo incluso cuando eso implica incompreensión, oprobio o dificultad.

No por buscar sufrimiento, sino por amor al Señor.